

estás mala fortuna? Anda fuera de este niño." Dicho esto, lo alzaba para ofrecerlo á los dioses, rogándoles que lo adornasen con todas las virtudes. La primera oración se hacía á las dos divinidades mencionadas; la segunda á la diosa de las aguas; la tercera á todos los dioses, y la cuarta, al sol y á la tierra. "Tú sol, decía la partera, padre de todos los vivientes, y tú tierra, nuestra madre, acoged á este niño, y protegédlo como á hijo vuestro; y pues nació para la guerra (si su padre era militar) muera en ella defendiendo el honor de los dioses, á fin de que pueda gozar en el cielo las delicias destinadas á todos los dioses valientes, que por tan buena causa sacrifican sus vidas." Poníanle en seguida en las manitas los instrumentos del arte que debía ejercer, con una oración dirigida al dios tutelar de aquella profesión. Si el niño era hijo de militar, las pequeñas armas que servían en aquella ceremonia se enterraban en un campo, donde se sospechaba que podría luchar en el porvenir, y los utensilios mujeriegos, si era hembra, en la misma casa, debajo del metlatl, ó piedra para moler el maíz. En aquella misma ocasión, se hacía, según Boturini, la ceremonia de pasar cuatro veces al niño por sobre las llamas.

Antes de poner los instrumentos en las manos del recién-nacido, rogaba la partera á los convidados, que le pusiesen nombre, y ellos le daban el que les habían sugerido los padres. Después lo vestía la partera, y lo ponía en la cuna, rogando á Yoalticitl, diosa de las cunas que lo calentase, y guardase en su seno, y á Yoalteuctli, dios de la noche, que lo adormeciese.

El nombre que se daba al niño se tomaba á veces del signo del día de su nacimiento (lo que sucedía más frecuentemente entre los mixtecos), como MACUILCOATL, ó quinta serpiente, OMECALLI, ó segunda casa. Otras veces, de las circunstancias ocurridas en el nacimiento como sucedió á uno de los cuatro jefes que regían la república de Tlaxcala, cuando llegaron los españoles, pues se le llamó CITLAPOPOCA, ó estrella humeante, por haber nacido en tiempo de un cometa. Al que nacía el día de la renovación del fuego, si era varón se le llamaba MOLPILLI, y si era hembra XIUNENETL, aludiendo ambos nombres á las particularidades de aquella fiesta. También se daban frecuentemente á los varones nombres de animales, y á las hembras de flores, en lo que probablemente seguirían los sueños de los padres ó los consejos de los adivinos. Por lo común no se daba más que un nombre; pero los varones solían adquirir un sobrenombre con sus proezas, como sucedió á Motecuzoma I, que por sus hazañas se llamó ILHUICAMINA y TLACAELE.

Terminadas las solemnidades del baño, se daba el convite, en el cual cada uno procuraba lucir según sus facultades. En estos casos solían beber más de lo acostumbrado, pero no salía de casa el desconcierto de la embriaguez. Las luces se tenían encendidas hasta consumirse, y se tenía particular esmero en conservar el fuego durante los cuatro días que mediaban entre el primero y el segundo

baño, porque si se apagaba, creían que era mal agüero para el niño. Esta misma celebridad se repetía cuando lo destetaban, que era á la edad de tres años.

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía. Tomo III. páginas 275 y 276. México 1856.)

RITOS NUPCIALES DE LOS MEXICANOS.

"En los casamientos aunque había ritos supersticiosos, como en todas las operaciones de aquellas gentes, nada se hacía, sin embargo, contrario á las leyes del pudor. Estaba severamente prohibido, como después veremos, tanto por las leyes de México, como por las de Michoacán, todo enlace matrimonial, entre parientes en primer grado de consanguinidad ó de afinidad, excepto entre cuñados. Los padres eran los que contrataban el matrimonio, y jamás se celebraba sin su consentimiento. Cuando el hijo llegaba á la edad de poder sostener las cargas del estado, que en los hombres era de veinte á veintidós años, y en las mujeres á los diez y siete ó diez y ocho, buscaban sus padres una esposa que le conviniere: pero antes consultaban á los adivinos, y éstos, después de haber considerado los días del nacimiento de los novios, decidían la felicidad, ó la desgracia del consorcio. Si por la combinación de los signos declaraban infausta la alianza, se dejaba aquella doncella y se buscaba otra. Si el pronóstico era feliz, se pedía la doncella á sus padres por medio de unas mujeres, que se llamaban CIHUATLANQUE, ó solicitadoras, que eran las más respetables de la familia del novio. Estas iban por primera vez á media noche á casa de la futura, llevaban un regalo á sus padres, y la pedían con palabras humildes y discretas. La primera demanda era infaliblemente desechada, por ventajoso que fuera el casamiento, y por mucho que gustase á los padres, los cuales pretestaban de cualquier modo su repugnancia. Pasados algunos días, volvían aquellas mujeres á hacer la misma petición, usando de ruegos y razones para apoyarla, y dando cuenta de las prendas y bienes del joven, de lo que podía dar en dote á la doncella, y preguntando, en fin, lo que esta poseía. Esta segunda vez respondían los padres, que antes de resolverse era necesario consultar la voluntad de su hija, y la opinión de los parientes. Las mujeres no volvían más, y los padres enviaban la respuesta decisiva por medio de otras de su familia.

Obtenida finalmente una respuesta favorable, y señalado el día de la boda, después de haber los padres de la doncella exhortádola á la fidelidad y á la obediencia á su marido, y á observar una conducta honrosa á su familia, la conducían con gran acompañamiento y música á casa del suegro, y si era noble, la llevaban en una litera. El novio y los suegros la recibían á la puerta de su casa, precedidos por cuatro mujeres, que llevaban luces en las manos. Al llegar se incensaban mutuamente los no-

vios. El joven tomaba por la mano á la doncella, y la conducía á la sala destinada á celebrar la boda. Poníanse los dos en una estera nueva y curiosamente labrada, que estaba colocada en medio de la pieza, y junto al fuego, que se había preparado para aquella ocasión. Entonces un sacerdote ataba una punta del HUEPILLI, ó camisa de la doncella, con otra del TILMATLI, ó capa del joven, y en esto consistía esencialmente el contrato matrimonial. Daba después ella siete vueltas en torno del fuego, y vuelta á la estera, ofrecía con el novio un poco de copal á los dioses, y ambos se hacían algunos mutuos regalos. Seguía el banquete. Los esposos comían en la estera, sirviéndose uno á otro, y los convidados en sus sitios. Cuando éstos se habían animado con el vino, que no se escaseaba en aquellas ocasiones, salían á bailar al patio, quedando los esposos en aquella estancia durante los cuatro días siguientes, sin salir de ella, sino á media noche, para incensar á los ídolos, y hacerles oblacones de diversas especies de manjares. Aquel tiempo lo pasaban en oración y ayuno, vestidos con trajes nuevos, y adornados con las insignias de los dioses de su devoción, sin abandonarse al menor exceso indecente, porque creían que sería inevitable el castigo del cielo, si cometiesen tal debilidad. En aquellas noches sus camas eran dos esteras nuevas de junco, cubiertas con unos lienzos pequeños, teniendo en medio unas plumas y una piedra preciosa, llamada CHALCHIHUITL. En los cuatro ángulos ponían cañas verdes y espigas de maguay, para sacarse sangre de la lengua y de las orejas en honor de sus dioses. Los sacerdotes eran los que hacían las camas para santificar el matrimonio; pero ignoro el misterio de la joya, de las plumas y de las cañas. Hasta la cuarta noche no se consumaba el matrimonio, creyendo que sería infausto si se anticipaba la consumación. En la mañana siguiente se lavaban, se vestían de nuevo, y los convidados se adornaban la cabeza con plumas blancas, y las manos y los pies con plumas rojas. Concluía la función con regalar trajes á los convidados, según las facultades de los esposos, y con llevar al templo las esteras, los lienzos, las cañas y los manjares presentados á los ídolos.

Estos usos no eran tan generales en el imperio, que no hubiese algunas particularidades en ciertos países. En Ichcatlan, el que quería casarse, se presentaba á los sacerdotes, y éstos lo conducían al templo, donde delante de los ídolos que en él se adoraban, le cortaban algunos cabellos, y enseñándolo al pueblo, gritaban: "Este quiere casarse." De allí lo hacían bajar y tomar la primer mujer libre que encontraba, como si aquella fuese la que le destinasen los dioses. La que no lo quería por marido, evitaba acercarse al templo en aquella ocasión, á fin de no verse obligada á casarse con él. Por lo demás, se conformaban á los ritos nupciales de los mexicanos.

A los otomites era lícito abusar de cualquiera soltera antes de casarse. Cuando alguno de ellos se casaba, si en la primera noche hallaba en la mujer algo que le desagra-

dase, podía repudiarla al día siguiente; pero si se mostraba contento aquella vez, ya no le era permitido dejarla. Ratificado de este modo el matrimonio, se retiraban los esposos á hacer penitencia de los antiguos deslices, por veinte ó treinta días, durante los cuales se abstendían de los placeres sensuales, se sacaban sangre y se bañaban frecuentemente.

Entre los mixtecos, además de la ceremonia de anudar los trajes de los esposos, les cortaban parte de los cabellos y el novio llevaba en hombros á la novia.

La poligamia era permitida en el imperio mexicano. Los reyes y los señores tenían gran número de mujeres; pero es de creer que sólo con los principales observasen todas aquellas ceremonias, limitándose con las otras, al acto de anudar los vestidos.

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía. Tomo III. páginas 276 y 277. México 1856.)

SEPULCROS DE LOS MEXICANOS.

"No había sitios determinados para enterrar los cadáveres: algunas veces se enterraban las cenizas cerca de algún templo ó altar, otras en el campo, otras en los lugares sagrados de los montes donde solían hacer los sacrificios. Las cenizas de los reyes y de otros señores se depositaban por lo común en las torres de los templos, especialmente en las del templo mayor. Junto á Teotihuacán, ciudad célebre por los muchos templos que contenía, había innumerables sepulcros. Los de los que se enterraban enteros eran, según el conquistador anónimo que los vió, unas huesas profundas, revestidas por dentro de piedra y cal, y el cadáver estaba sentado sobre un icpalli, ó silla baja, con los instrumentos de su arte ó profesión. El militar se enterraba con un escudo y una espada; la mujer con un huso, una escoba y un *xicalli*; los ricos con oro y joyas y todos con gran provisión de comestibles para el largo viaje que iban á emprender. Los conquistadores españoles noticiosos del oro que contenían los sepulcros de los señores mexicanos, excavaron algunos y encontraron grandes cantidades de aquel precioso metal. Cortés dice en sus cartas que en una entrada que hizo en la capital, cuando estaba sitiada por su ejército los soldados hallaron mil y quinientos *castellanos*, ó doscientas cuarenta onzas de oro en un sepulcro que había en la torre del templo. El conquistador anónimo asegura haber presenciado la excavación de un sepulcro, del cual se sacaron cerca de tres mil castellanos.

Los chichimecos enterraban los cadáveres en las cuevas de los montes; pero cuando se civilizaron algún tanto, adoptaron en este y en otros usos, los ritos y costumbres de los acolhuas, que eran los mismos que los de los mexicanos.

Los mixtecos conservaron en parte los usos antiguos de los chichimecos, pero en algunas cosas se singulariza-